

ENTREACTOS *Salerta*

EL MAQUILLAJE de la anciana Farola

Mayo 1954
Por Ramón Vasconcelos

EL 19 de mayo, aniversario de la muerte de Martí, una maratonista entregó la antorcha que tres mil jóvenes atletas llevaron en relevo continuo desde Pinar del Río a Santiago de Cuba. El tierno y fervoroso homenaje de la juventud cubana al Apóstol justificaba el entusiasmo, porque parecía un signo evidente del renacimiento de la fe patriótica. Pero en ocasiones, olvidamos que también el respeto a las piedras venerables de los monumentos son un testimonio histórico y las sometemos a increíbles injurias.

No hace mucho, hubo que librar una batalla para que no se levantara el monumento a Céspedes en la Plaza de Armas, y exactamente en el sitio que ocupa la estatua de Fernando VII. Ni el lugar ni las proporciones aconsejaban el cambio. Parece que se desistió del propósito, pero no hubo respuesta oficial a ciertas demandas que se hicieron para evitar el desaguisado. Otro día se intentó instalar en el Castillo de la Fuerza un club social; doble disparate, por el carácter de la fortaleza y por lo inadecuado del local para club. Y en ocasión anterior, en que el actual Presidente lo era entonces, se comenzó inconsultamente a darle una lechada a Palacio; una llamada por medio de la prensa bastó para que el Presidente conjurara el atentado. Si tenemos el tesoro arqueológico que nos dejó la Colonia, ¿por qué nos empeñamos en destruirlo o estropearlo? Una vez quisieron pintar a Nuestra Señora de París y hubo un movimiento de protesta muy parecido a un motín, tan enérgico que sacudió al Gobierno. La Embajada de los Estados Unidos construyó un edificio en la Plaza de la Concordia, y como desentonaba por su blancura con el resto de la Plaza, le dieron un plazo al Embajador para que patinara la fachada. Aquí, por poco demuelen la Iglesia de Paula. Los restos de las Murallas se han salvado de milagro. Gracias al machacar constante de un pequeño grupo de *amigos de la ciudad*, se ha logrado que se raspen paredes y columnas de palacios y edificios coloniales con el argumento de que constituyen ¡una atracción de turismo!

No se tuvo suerte con las arcadas de la Plaza del Polvorín. Nadie hizo caso de advertencias y censuras, y las concreteras empezaron a trabajar en la obra del Museo de Bellas Artes que fué inaugurado ayer mismo y que está regentado por un patronato de personalidades honorables, ricas en su mayoría, pero entre las cuales no hay un solo artista. Se ha explicado que esa circunstancia obe-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2

dece al deseo de poner el Museo bajo la celosa vigilancia de hombres familiarizados con el Arte, pero al mismo tiempo dispuestos a enriquecerlo con cuadros y esculturas de sus colecciones particulares, algunas valiosísimas, como la del doctor Tomás Felipe Camacho. En ese caso, la presencia del doctor Oscar Cintas, que es millonario y coleccionista que en más de una oportunidad ha ofrecido telas y bronces de firmas famosas al Estado, sería conveniente.

Este 20 de mayo, aniversario de la instauración de la República y por lo tanto la solemnidad más relevante, no hubo fiestas, ni banderas en balcones y ventanas. La conmemoración se redujo a la recepción palatina. El 19, fecha de la caída de Martí en Dos Ríos y por lo mismo gran duelo de Cuba —si es que los panegíricos, los homenajes, las invocaciones de todo un año, el del Centenario de su nacimiento, no fueron una mojiganga—, nada indicaba que era un día de duelo patriótico. Funcionaron las escuelas, que en los aniversarios de la muerte de Trejo suspenden las clases. Vinieron los alumnos de las escuelas rurales con su rosa blanca, la arrojaron ante la estatua del Parque Central, de aspecto cada vez más pueblerino, más abandonado, y ... pare usted de contar.

¡Ah! se inauguró el fanal de la anciana Farola del Morro. Pero no una Farola con su pátina, sus piedras del tiempo de O'Donnell, lo menos de 1844; sino maquillada, como salida de un salón de belleza para disimular la acción de los años. La explicación es que se necesitaba armonizar la pintura exterior de la Farola con las estipulaciones de los Cuadernos de Faros. No se concebía que si se cambiaba la linterna por una de cristales curvos, por unos bifocales, como si dijéramos, se le dejara a la torre la huella del salitre. Y de ese modo, el 20 de mayo, a falta de otras sorpresas, nos trajo la del maquillaje de la Farola del Morro, ya deformado con la caseta que le pusieron encima y que le luce como a un Cristo las consabidas pistolas.

¿Exageraciones? Sea. Peores son las de quienes, con el pretexto de modernizar, pintan las piedras patinadas y respetadas por los siglos.

*Alerta
Mayo 1954*



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA